

**Javier Azpeitia**

Editor y escritor. Como editor dirige el nuevo sello literario 451 Editores, y en el pasado ha sido subdirector de Lengua de Trapo. Como editor literario ha publicado la obra de Calderón *La vida es sueño* (1997), *Vidas de santos: Antología del Flos Sanctorum de Pedro de Ribadeneyra* (2000), una antología temática de poemas de Góngora, Lope y Quevedo (*Poesía barroca*, 1996), y dos antologías, también temáticas, de relatos y fragmentos de novelas tituladas *Libro de amor* (2007, 451 Editores) y *Libro de libros* (2008, 451 Editores). Entre sus novelas destacan *Hipnos* (premio Hammett de Novela Negra 1996), *Ariadna en Naxos* (2002) y *Nadie me mata* (Tusquets, 2007).

# Versiones de los textos clásicos

## Un paseo actual por el canon literario

La idea de crear una colección de versiones de obras clásicas realizadas por autores modernos, una colección de *remakes* literarios, define a una editorial como 451 Editores, que busca la innovación dentro de un mundo editorial inmovilista, pero sin renunciar a la tradición literaria, que parte descaradamente de ella.

No nos ha sorprendido en absoluto que a muchos una idea así les parezca irreverente. Hay que reconocerlo: en realidad, lo es. Y de hecho, ya sólo por eso resulta innovadora en nuestro entorno editorial y educativo, que aborda los clásicos de una manera absolutamente convencional. Nos obligan a leerlos con la cabeza gacha, anulando nuestra capacidad crítica, imponiendo el criterio de autoridad: los clásicos han sobrevivido, pertenecen al canon, su influencia en la literatura posterior es evidente, son incuestionables; si el lector no es capaz de disfrutar de ellos, es por culpa del lector, de su falta de paladar, bla, bla, bla.

Es este un prejuicio que impide a muchos abrir un texto clásico: la literatura es algo serio y monolítico, algo sobre lo que no se puede tener una opinión, algo hecho más para aprender que para disfrutar o sorprenderse: literatura para plegarse a ella y no para plegarla y guardarla en el bolsillo y convertirla en propia. Uno no puede aborrecer las comedias de Shakespeare o la poesía de Góngora, por ejemplo. Uno sólo puede leerlas con admiración y, en caso de que no lo consiga, debe dudar de su propio gusto o de

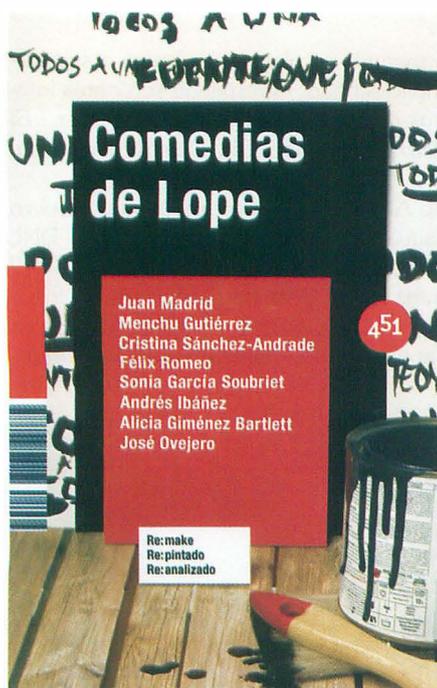
su capacidad de entendimiento. Todo eso está muy bien, ya nos lo han contado muchas veces. Es un envoltorio que quizá haya acercado a algunos a los clásicos. Pero yo no lo seguiría utilizando demasiado, viendo los resultados. ¿A quién le interesa en verdad beber agua estancada?

### Las historias que cambian todo lo que tocan

Para muchos, una narración es el producto del trabajo exclusivo de un escritor. Sólo interesa en la medida en que nos habla de quien la escribió. La historia de la literatura es, entonces, una especie de santoral con rostros en el que las narraciones cuyo autor desconocemos, tienen un incómodo interrogante que las ubica en un saco igualmente incómodo: Anónimo.

Vamos a pensar en la literatura de otro modo. Olvidemos por un momento ese hierático e inmenso panteón histórico, la bandeja en la que se nos suele ofrecer. ¿Qué es en esencia una narración? O, dicho de una forma menos técnica, ¿qué es una historia? ¿Cuándo hay una historia que se pueda contar y, por lo tanto, que se pueda leer?

Yo creo que podemos hablar de historia cuando hay una transformación. Un tipo se despierta una mañana y se da cuenta de que es un caballero andante, se transforma en caballero andante y ve el



“Uno no puede aborrecer las comedias de Shakespeare o la poesía de Góngora, por ejemplo. Uno sólo puede leerlas con admiración y, en caso de que no lo consiga, debe dudar de su propio gusto o de su capacidad de entendimiento”

mundo de otro modo. Un tipo se despierta una mañana y se da cuenta de que es un escarabajo. Se transforma en escarabajo y ve el mundo de otro modo. Hay transformación, hay historia: la historia de Alonso Quijano o la de Gregorio Samsa.

Una historia, cuento o novela, en verso o en prosa, es siempre la historia de una transformación. Esa sería la primera propiedad de las historias: que traten de una transformación. En su taxonomía de historias, Aristóteles llamaba a esta propiedad *anagnórisis*, término que se ha traducido con la palabra “re-conocimiento”, con ese guión interno que indica que se refiere más a “volver a conocer algo”, “conocerlo de una forma nueva y reveladora”. Aristóteles ponía el ejemplo de Edipo, que creía haber matado a un tirano y estar casado con una señora maravillosa, hasta que le llega la revelación y se *reconoce*, se encuentra de verdad: encuentra en sí al hombre que mató a su padre y mancha el lecho de su madre. La *anagnórisis*, la contemplación de la verdad, es tan poderosa que le hace arrancarse los ojos, lo deja ciego; desde entonces “ve” el mundo de otro modo.

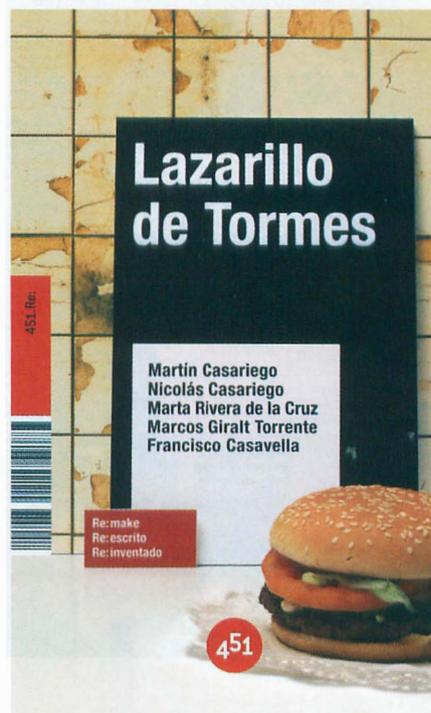
La segunda propiedad de una historia, creo yo, es que sea en sí producto de una transformación. Las historias, como las especies, tienen su árbol genealógico, y van transformándose con el paso del tiempo, de una especie en otra, de una historia en otra. Son el ADN externo del hombre, que viajaba oralmente, en las memorias, boca a boca, y ahora viaja en los libros, el ente en el que está codificado el espíritu del hombre: su alma.

Voy a poner un ejemplo de transformación de historias: una muchacha recoge flores descalza, pero la belleza de las flores la distrae, y pisa una serpiente, que a su vez, sorprendida, se revuelve y le muerde el talón. Ahí hay una historia: el veneno mata a la muchacha, la transforma. Es una historia común. ¿En qué momento se convirtió una historia así en una historia de amor? Pensemos en el rapto de Perséfone: una muchacha recoge flores en el campo, y Hades, el dios que vive en las entrañas de la tierra como una serpiente, el dios serpiente, sale de la tierra y la arrebató. ¿Y en qué momento se convirtió la serpiente en lobo? Una muchacha recoge flores y aparece el lobo: “¿Adónde vas, Capercucita?”; pero esta transformación

transforma la historia en una historia de otra especie, volvamos a la primera). La mordedura de la serpiente en el talón es una bella metáfora del amor loco, el veneno del amor que transforma a la amante y la lleva a un infierno del que no puede escapar. Cuando un poeta alejandrino usaba a la serpiente mordiendo el talón descuidado del poeta, los lectores veían la historia de la muchacha detrás y sabían que el poeta había sido presa del arrebatado amoroso. Es el reconocimiento del cuento, de la historia que hay detrás, lo que nos conmueve como lectores: lo que nos hace sentir que nos “re-conocemos” en una historia. Cualquier lector sabe que se halla ante una historia conmovedora por los síntomas físicos que ya describió Robert Graves: la columna vertebral se estremece, el vello se eriza, los ojos lagrimean... Síntomas muy semejantes a los del miedo, quizá debido a que el amor y el miedo son sentimientos de especies hermanas.

Porque la tercera propiedad de una historia es que debe ser capaz de transformar a quien toque. Al escritor, cuyo ego sucumbe en manos de una ficción más poderosa que él, y al lector, que conecta con la trascendencia de su propia realidad interior a través de la ficción.

Así que podríamos decir que una historia, para ser tal, tiene que cumplir tres propiedades: contarnos una transformación,



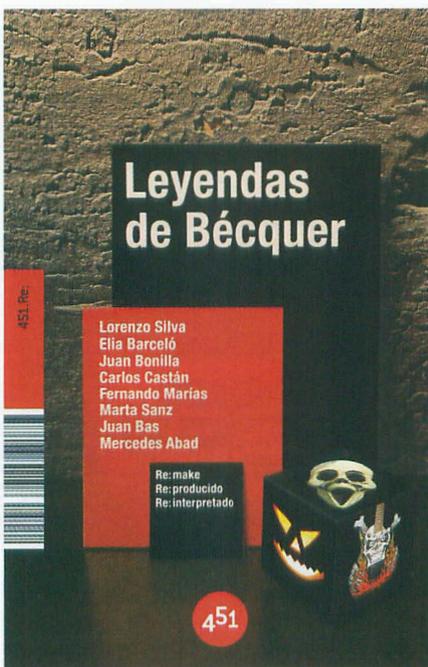
“Una historia, cuento o novela, en verso o en prosa, es siempre la historia de una transformación. Esa sería la primera propiedad de las historias: que traten de una transformación”

ser producto de la transformación de una historia anterior, y transformarnos.

## El tren de la edición

Hay dos formas de subirse al tren de la edición. La más habitual es hacerlo en los vagones de cola. Se mira la lista de best sellers de los últimos años y se busca material subsidiario, entregas sucesivas, versiones de los mismos textos con el mismo esquema comercial pero con otro nombre de autor y otro título. O se prepara un cheque más grande de lo habitual para arrebatarse a otro editor cierto autor. Pero siempre queda la posibilidad de subirse al primer vagón y empezar a decidir el recorrido y las estaciones en que parar. No está mal: así hay sitio para todos, y en 451 Editores sabemos dónde está nuestro sitio.

Un día un autor recibe una llamada de 451 Editores. Alguien le propone con amabilidad que haga un cuento con una versión absolutamente personal de una obra o de parte de una obra maestra (“un cuento tuyo”, le pedimos, “algo de tu cosecha; como si cogieras la historia ajena y te la injertaras en la cabeza, a ver qué nace”). Se oye entonces, al otro lado del teléfono, un silencio, nada, acaso un ligero carraspeo... Hay un momento de duda.



“¿Hacer una versión de *Hamlet*? ¿Quiere eso decir que algún crítico va a tener la oportunidad de agarrarme por el cuello, como desea desde hace tanto tiempo, y apretar con fuerza hasta sacarme los higadillos?” O bien: “¿Quiere eso decir que voy a tener que volver a leerme el pestiño aquel de *Frankenstein*, una novela epistolar, si mal no recuerdo?”

A veces un profesor de literatura topa con un libro, *¡Mío Cid!*, escrito por Antonio Orejudo, Rafael Reig y Luisgé Martín. Justo acaba de mandar como lectura obligatoria el poema épico a unos chavales que no conectarán con él (lo sabe positivamente porque es un profesor vocacional pero cercano a sus alumnos). Adora el poema pero no puede contagiar su pasión a los alumnos, convencerlos de que se trata de un texto vivo. Profesores así se lanzan al experimento y piden a sus alumnos que lean la nueva versión. Un Cid intergaláctico puede acercarnos la figura. Evidentemente, no es un libro para esos profesores (escasos, afortunadamente) que se quejan de que los alumnos no leen y, al tiempo, les obligan a leer libros que ellos no piensan ni abrir. Es un libro para profesores que dudan, como duda el nuestro al cerrar el *¡Mío Cid!*: “¿Me crucificará algún padre, o la directora del colegio, por dar a los alumnos una herejía semejante, aunque sea así de divertida y cercana?”

A veces, un librero recibe un paquete de 451 Editores, que contiene libros de la colección “451.Re.”. Abre el paquete y mira los libros. *Comedias de Lope*, escritas por Juan Madrid, Alicia Giménez Bartlett, Félix Romeo... O *Drácula*, escrito por Carmen Posadas, José María Merino, Gustavo Martín Garzo... ¿Dónde colocarlos? ¿En anónimos o en colectivos? ¿Con los clásicos o con las novedades? ¿Edad Media, Renacimiento, siglo XIX o, con un bonito cambio de orden de equis y palotes, siglo XXI? ¿Relatos o teatro? Ese momento de duda espantaría al departamento de marketing de cualquier empresa ante la promoción de cualquier producto.

A nosotros, sin embargo, la duda de los autores, de los libreros, de los lectores, nos hace respirar. Nos indica que no todo está ya dicho, escrito o leído. Nos convierte en editores de verdad y en unos (pequeños) agitadores culturales.

Vale la pena. ◀▶

## Cantar Tercero. *La afrenta de corpes* por Rafael Reig (Fragmento)

Por Rafael Reig

Tomado de: Antonio Orejudo, Luisgé Martín, Rafael Reig  
*¡Mio Cid!*

Madrid: 451 Editores, 2007

Todo ha terminado. Rodrigo Díaz lo ha conseguido. Empezó sin nada y desterrado y mírale ahora, en su palacio de Valencia, convertido en un tío respetable, sus hijas casadas con nobles, cubierto de riquezas y honores, ¿qué más se puede pedir? Parece un final feliz.

En Valencia vive como un príncipe, con bailarinas y con un león que tiene en una jaula, esas cosas de los millonarios. Después de comer se echa la siesta, boca arriba, en su escaño. El de la barba cumplida ronca como un canónigo. Es que los medievales le daban mucha importancia a que nadie te tocara la barba. Si a uno le tocaban la barba, quedaba deshonrado, tíos: ya no podía ni ejercer de abogado en un juicio.

Mientras Cid duerme, el león se escapa de la jaula. Los medievales se envuelven el brazo con el manto y se ponen alrededor de Cid para protegerle. Cid sigue durmiendo tan tranquilo. Ahí están, asustados, los dos hermanos, los condes, supercobardes, los de Carrión, Fernando y Diego. Fernando corre por todos lados y al final se mete debajo de un escaño, como cuando el golpe de Tejero. El otro, Diego, se pone a lloriquear y a chillar: «¡No volveré vivo a Carrión! ¡Buaaa, no veré Carrión, buaaa!», y al final se tira de cabeza a una cuba de vino.

Un gallina, sí, un auténtico gallina.

De repente, Cid se despierta.

—¿Qué pasa, mesnadas?—pregunta al verlos a todos rodeándole.

Los medievales no dicen nada. Cid se levanta, sin prisa, y se acerca paso a paso al león. Ni siquiera se protege con la capa como los otros. La tensión se corta con un cutter. El león mira a Cid y Cid mira al león. Le clava los ojos a la fiera y sonríe de medio lado, en diagonal, como la lluvia. Parece Clint Eastwood. Como hipnotizado, el león baja la cabeza, en señal de obediencia. Cid le coge del cuello, como si fuera un perrito faldero, y lo lleva a la jaula despacio. Los medievales se frotan los ojos, se pellizcan los brazos para comprobar que no es un sueño: Cid ha dominado a una fiera, y sin despeñarse.

Entonces aparecen los infantes, que están pálidos, no se sabe si de miedo o de vergüenza. Los medievales se ríen de ellos. Los de Cid son tipos de acero. Parecen albañiles que acabaran de bajar de un andamio, con músculos por todos lados y buen corazón, amigos de sus amigos, sin dobleces. Lo que más podían odiar es a tipos como los infantes, en plan Marichalar, atildados, petimetres, alfeñiques, pisaverdes, gente muy poco de fiar. La gota que ha colmado el vaso ha sido la cobardía ante el león.

Va Cid entonces y le dice a las mesnadas:

—Ni una broma más sobre mis yernos, tíos.

Pero los de Carrión están fastidiados: han hecho el ridículo y los medievales se han reído de ellos. Los infantes miran al suelo con rencor y mascullan algo entre dientes.

Ahora llega un mensajero, de esos con una corneta, para avisar que un moro, el rey Búcar, está a punto de atacar Valencia. Cid y sus medievales se entusiasman como los más pequeños en el patio del cole. Es como si fueran legionarios o gladiadores sedientos de sangre, sueltan risotadas, se ponen contentísimos y gritan:

“¡Ba-ta-lla! ¡Ba-ta-lla! ¡Ba-ta-lla!”.

Los de Carrión alucinan. Ellos son señoritos y eso de ir a la batalla no les mola tanto, la verdad. Son cobardes congénitos, lo llevan en el ADN, y por eso no les llega la camisa al cuerpo. Hablan al oído y se dicen:

—Ahora sí que no vamos a volver a ver Carrión, hermanito. Primero, el león; y ahora, los moros. De aquí no salimos vivos, hermanito.

